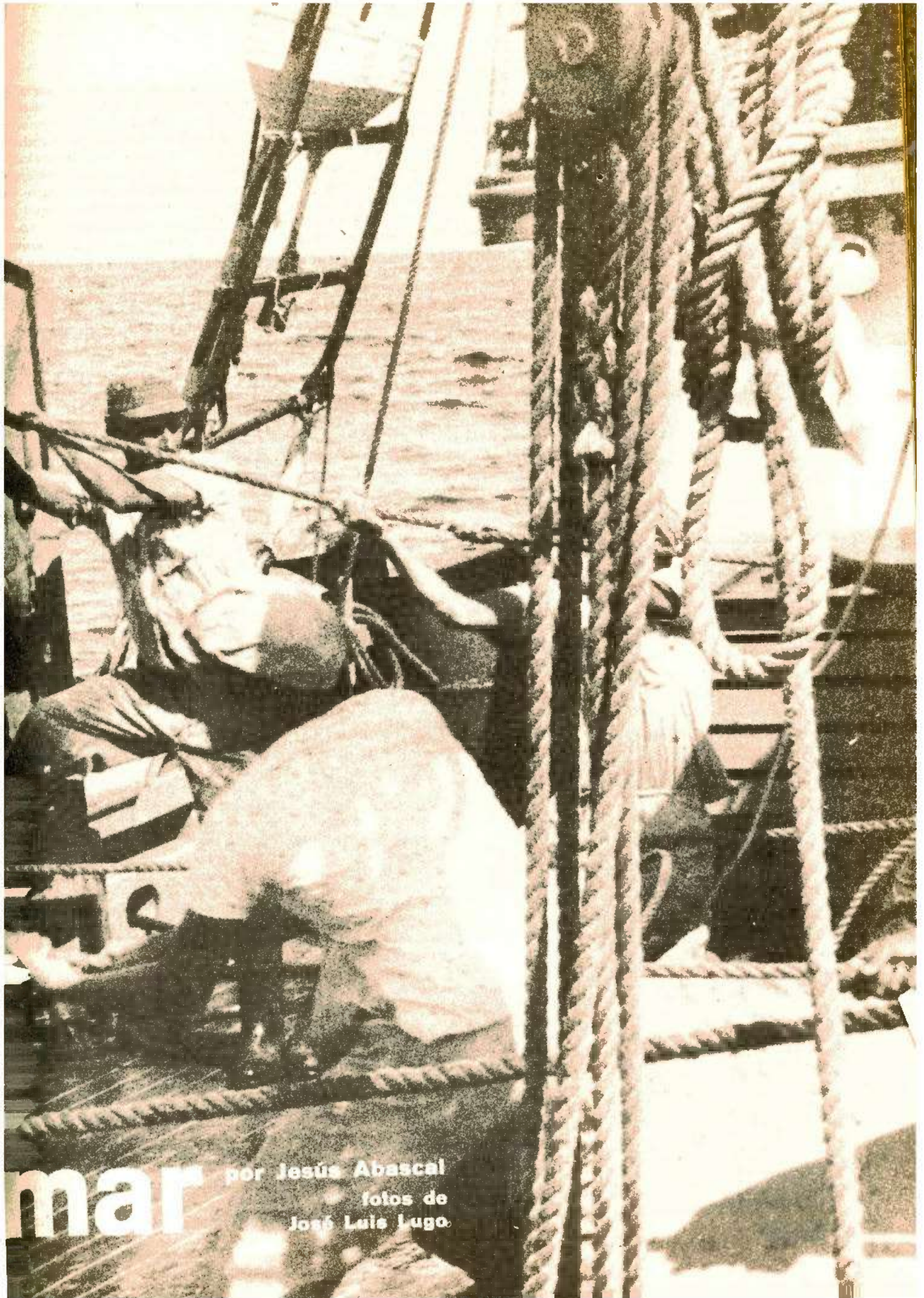




El oficio del



mar

por Jesús Abascal
fotos de
José Luis Lugo.

Cuando tú sales en un "Lambda" de la Flota del Golfo, ten por seguro que vas a "pegar" duro los treinta días que estés fuera. Cualquier pescador podrá decírtelo. El oficio del mar "no es una panza". Los flojos no sirven para esto. "El que quiera hacer un hombre de un niño bitongo, que lo traiga a bordo con nosotros. O se hace pescador o revienta".

Para ellos, sin embargo, el hábito del trabajo no pesa tanto como para el recién llegado.

Yo diría que son hombres distintos. Los que llevan el mar en las venas no son como tú o como yo.

Cuando vas a bordo de un "Lambda" sabes que no tendrás más compañía durante un mes que la de tus compañeros, las aguas del Golfo, las gaviotas y los rabihorcados, el sol y las estrellas, y a veces —cómo no— los brisotes violentos cuando rompe un norte.

Tu hogar es el barco y todos sus rincones llegan a ser como los de tu propia casa en tierra. Tienes tu litera en un camarote colectivo. La cocina al lado. La cubierta, que es como tu centro de trabajo, hace también las veces de comedor o de salón de fumar. Y llegas a sentirte orgulloso de estar en la tripulación del 6 ó del 38 ó del 51. Eso es así.

De "rebajada"

Si sales un lunes del Puerto de La Habana, a eso de las 10 de la mañana, y vas en tu "Lambda", no llegarás a la "sonda" hasta las 10 de la noche del día siguiente. Son como unas 36 horas de travesía, bordeando primero la costa norte hasta el Cabo de San Antonio (alrededor de 180 millas) y surcando después las aguas del Estrecho de Yucatán hasta cubrir el centenar de millas que te separan de la "sonda" o del "pesquero", como quieras llamar al sitio donde vas a buscar buena pesca.

En ese tiempo nadie va de turista. Todo el mundo trabaja preparando los avíos.

A bordo de los "Lambda" van 14 hombres: el patrón, por supuesto; tres maquinistas (primero, segundo y tercero); un nevero, un cocinero, cuatro instructores de pesca, y cuatro alumnos.

Pero el cargo que ocupas sólo indica una responsabilidad más. El trabajo y la comida son cosas que se reparten por igual cuando estás navegando.

Al principio, llevas en cubierta la compañía de tres lanchas a motor, de unos 15 pies de largo cada una. En ellas —dos hombres por lancha— se realiza la parte más importante y decisiva de la captura, utilizando como arte de pesca el palangre de fondo. Por eso decía antes que en viaje de ida o de "rebajada", como dicen los pescadores, no hay tiempo ni para casarse. Cada palangre tiene más de 500 brazas de largo y más de un centenar de anzuelos. Hay quien le pone hasta 180. Y además, las balizas y las plomadas han de estar firmes en la "madre". Por eso la tarea es muy delicada, porque del palangre depende la marea.

Cuando llegas al "pesquero" tienes que ayudar a los demás a que arrién las lanchas. Y ya no volverás a verlas en cubierta hasta que el viaje termine, a no ser que anuncien una hondonada por radio o se pique el mar y tengas que subir las de nuevo para mayor seguridad.

En la Flota hay un total de 55 embarcaciones del tipo "Lambda". Si hablas con los pescadores ellos te dirán que es un barco seguro. Tiene 75 pies de eslora (casi 22 metros) y algo más de 6 metros de manga. Tiene un potente motor SKL de 250 caballos. Puede llevar combustible para 40 días. Lleva también un palo con una vela, la cual le da mayor estabilidad mientras se navega. Bajo cubierta hay neveras y frigoríficos, cuya capacidad total permite almacenar 60 000 libras de pescado para mantenerlo fresco hasta el regreso a puerto.

En el camarote del patrón, arriba, en el puente de mando, hay equipos de radio-receptores que te hacen viajar con más seguridad y confianza. A veces, frente a las costas yucatecas, bien cerca del Contoy, bien en Cabo Catoche, o bien en Las Trincheras, puedes ver a lo lejos otros "Lambda" y hablar con ellos por el teléfono y enterarte de cómo les va la pesca a los demás. Y si uno necesita algo no tiene más que comunicarse con algún patrón y plantear un problema. La Flota es como una gran hermandad de trabajadores que se ayudan mutuamente.

Claro que la Flota no está compuesta sólo de pescadores y de gente de mar. En tierra quedan unos 300 compañeros en el transporte, la ma-

La travesía hasta Yucatán demora cerca de 36 horas. Pero nadie va de turista a bordo, mientras tanto. El trabajo de preparar los palangres, las balizas y los avíos, apenas si deja tiempo para rascarse.



Con los hombres de la Flota del Golfo

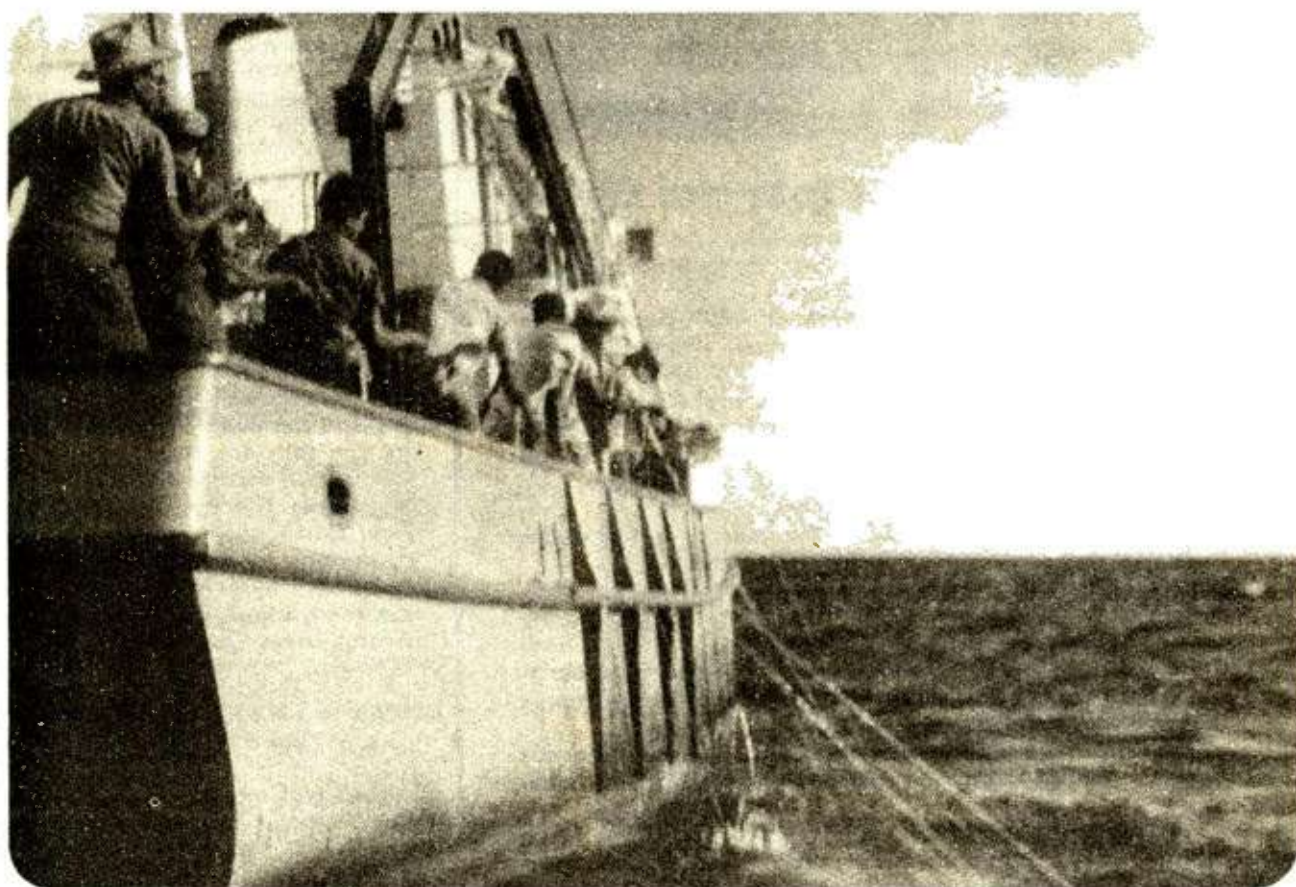
65 centros de trabajo en alta mar

Treinta días navegando... si hay buen tiempo

"... Pshh... Eso no es nada... Comparado con antes, ahora pescar es como un viaje de turismo..."

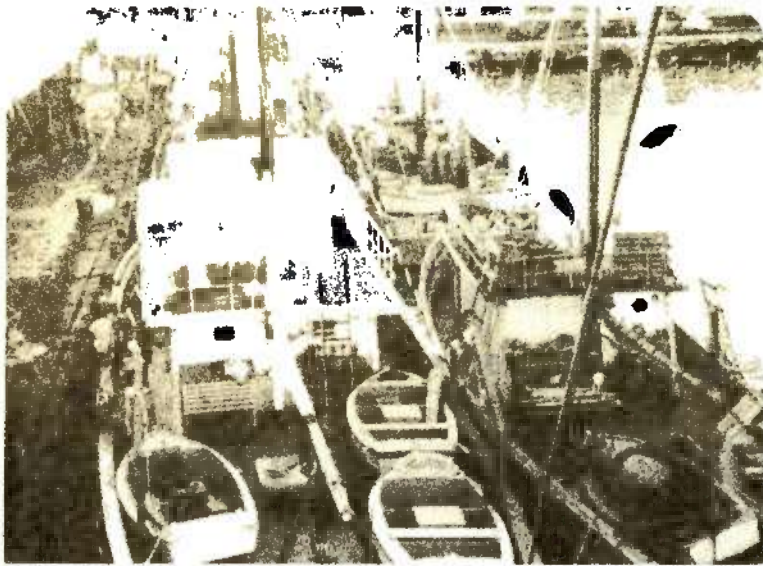
Más de 200 becados que ya son obreros

5 308 110 libras de cherna en 10 meses



Los lancheros o palangreros son los que capturan más pescado durante el día. Pero a bordo tampoco se pierde el tiempo. Desde el patrón hasta el último hombre—incluyendo periodistas, por supuesto— todo el mundo tiene que tirar su cordel por la borda y ganarse el almuerzo.

Cada uno de los "Lambda" lleva tres lanchas a motor sobre cubierta. Cuando llegan al pesquero, los hombres arrian las lanchas con sus dos tripulantes para que ellos hagan la marea con palangres de fondo.



Radiografía de la Flota del Golfo

La Flota del Golfo opera desde el Puerto de La Habana como una unidad de la Flota Cubana de Pesca.

Se constituyó oficialmente en noviembre de 1963, como uno de los planes especiales impulsados por el Primer Ministro, Cmdte. Fidel Castro.

Hasta el mes de octubre de 1965, la Flota contaba con un total de 65 embarcaciones pesqueras: 55 del tipo Lambda (75 pies de eslora), 9 del tipo Ro (60 pies de eslora) y 1 bonitero del 68 pies de eslora; uno de los Ro se dedica exclusivamente a la pesca del camarón en la costa sur de Cuba.

La Flota emplea un total de 1 300 trabajadores, de los cuales 995 forman el personal de mar y 305 el de tierra.

El personal de mar está integrado por 389 obreros que proceden de distintas cooperativas del país; por 221 obreros surgidos entre los becados de escuelas de pesca que se han calificado en base del trabajo práctico realizado en la producción y por 385 alumnos que proceden de becas y que están realizando actualmente su aprendizaje para convertirse en obreros.

Las embarcaciones de la Flota pescan mar afuera, en las zonas del Golfo de México, Banco de Campeche y Estrecho de Yucatán.

La pesca se realiza con dos artes distintos: a cordel (nylon) desde el propio barco y con palangre de fondo desde unas lanchas auxiliares que funcionan a motor.

Fundamentalmente, las especies capturadas son la cherna, el serrucho y el pargo. En 1964 el porcentaje de captura de cherna fue de 87.51%. En los diez primeros meses de 1965, el porcentaje de captura de cherna se elevó a 91.52%.

En abril de 1964 solamente cuatro embarcaciones de la Flota participaron en la producción de ese mes, capturando un total de 65 213 libras. En el mes de abril de 1965, en cambio, 38 embarcaciones que participaron en la producción mensual capturaron 675 806 libras de pescado. Estas cifras dan una idea del auge que va tomando la Flota.

Desde su creación hasta octubre del pasado año, la Flota del Golfo ha producido un total de 9 millones 168 mil 165 libras de pescado para el consumo nacional.

nipulación, los almacenes, los talleres de mecánica, la carpintería, la tornería, el calafate, las oficinas, etc. Cada cual en lo suyo por hacer de la Flota lo que Fidel ha esperado siempre de ella, que por eso la impulsó desde su inicio.

Cuando estás a bordo un tiempo tienes oportunidad de conocer al pescador. Compartes con él los trabajos, los esfuerzos colectivos, las bromas, la comida abundante y la ilusión de llenar siete canastas de pescado al día siguiente.

Nunca lograrás aprenderte los nombres y apellidos de los demás tripulantes. A ti mismo te conocerán también por un apodo. No es falta de respeto. La camaradería te hace ser de ese modo. Y llamarás a la gente por esos mote: Paco el Gato, Caballo, Melodía, Sardina en Lata, Rumbo, Palo Seco, el Jabao o Pedro el Cotorro... Pero serán verdaderos compañeros tuyos y te gustará trabajar con ellos.

Si vas con la gente del 51 te harás amigo de Avelino Pérez, el cocinero, que está navegando desde el año 28 y siempre repite que echó su juventud en la mar y que "los muchachos de ahora no saben lo que tienen".

Los "muchachos" son los alumnos que van con cada tripulación. Siempre son seis: dos como maquinistas —segundo y tercero— y cuatro como pescadores, tres de ellos en las lanchas. Casi todos proceden de escuelas de mar, la mayoría de "Victoria de Girón". Más de 200 becados ya han realizado su aprendizaje y son obreros como los demás.

"No saben lo que tienen"

Siempre has oído decir que los pescadores cubanos, antes del triunfo de la Revolución, eran la última carta de la baraja. Pregúntale ahora a ellos cómo se sienten y cuánto ganan. Te dirán cosas interesantes.

—Y eso no es tqdo —dice un pescador, cualquiera—. A bordo tienes la comida, que es buena y abundante; tienes cigarros, pasta de dientes, hasta medicinas si te hacen falta. Y te dan dos uniformes al año y dos pares de botas.

Por eso Avelino, Micoco, Alfredo Abad, Wenceslao Pérez y todos los viejos pescadores de la Flota, meñean la cabeza y te abren los ojos cuando dicen:

—Los jóvenes de ahora no saben lo que tienen...



Arriba: Los lancharos van tirando el pescado sobre cubierta para que lo vayan abriendo y limpiando. Después, vuelta otra vez a buscar algún cabezo donde abunde la cherna.

Abajo, a la izquierda: Cada vez que uno llena una canasta hasta arriba con chernas como ésta, uno sabe que ya tiene 250 libras más del lado de allá.

A la derecha: Estos jóvenes pescadores proceden de Escuelas de Mar. Eran becados y ahora son obreros. Y de los buenos. Los de la foto aprovechan la carne de una tonina que arponeó el patrón para utilizarla de carnada.



A la izquierda: En la Flota del Golfo no importa la edad para ser un buen obrero. Pablo Noa es primer maquinista del "Lambda" 51 y sólo tiene 19 años. Sin contar con que El Indio lleva dos años ya en la Flota...



A la derecha: Nadie pone en duda que Rafael Florit pincha duro de verdad. "...Y pa'que tú veas, caballo: yo soy un hospital por dentro... pero echo pa'lante porque hace falta producir..."—dice Florit.

La captura

Cuando llegas a la "sonda" tu trabajo depende del patrón. Llámese Amado Roquefuentes o Pablito Prieto o de cualquier modo, el patrón es el hombre que guía la embarcación buscando un buen "pesquero" para arrancarle al mar su riqueza. El patrón está en todas. A veces se ayuda con el ecosonda para encontrar un cabezo donde abunde la cherna. Otras, se sirve de su experiencia en la zona y gira el timón más al sureste o más al noroeste. Los lancheros se van a las seis de la mañana y se pierden en la oscuridad, cada uno por un rumbo distinto. Después de palangrear unas horas ellos buscan al barco o el barco a ellos. Lo que hayan capturado se tira en la cubierta desde la lancha. Ya los demás tripulantes se encargarán de limpiar el pescado y de guardarlo luego en las neveras.

Mientras tanto, si te has quedado a bordo, tendrás oportunidad de tirar bastante cordel. Que le dicen así, pero es nylon. Agarras el tuyo, con su plomada y dos anzuelos, y lo largas por encima de la regla de estribor, siempre a barlovento para que puedan arriarse mejor "los cordeles" mientras el barco está al paíro con el motor sin funcionar.

Allá te das cuenta de lo que dicen los pescadores: cherna sí come cherna. Cuando se te acaba la sardina que llevabas como carnada, tienes que usar la cherna. No de las grandes, las pequeñas. Con dos o tres cortes sacas unos buenos filetes que luego picas en trozos para encarnar el anzuelo.

Hay veces que tienes la suerte de tropezarte con una mancha de toninas o delfines. Cuando eso ocurre,

las toninas se agrupan bajo la proa del barco en marcha y compiten con él a ver quién corre más. Ese juego siempre le cuesta la vida a alguna de ellas. Junto a la amura de estribor nunca falta un buen arpón. La tripulación se moviliza entonces. El patrón se encarama en el castillo de proa y empuña la varilla de hierro, que a veces no es ligera. Y debe acertar al primer tiro, porque las toninas son juguetonas, pero no estúpidas. Si falla, la mancha completa se larga dando saltos y dice adiós. Una tonina grande, adulta, da más de cincuenta libras de carnada, si te descuidas. Y eso siempre ayuda.

A la cherna que se coge frente a Yucatán le dicen "mejicana". Es una cherna grande, rojiza, que después de pescada pierde el color y se torna blancuzca. Hay veces que en el palangre, cuando estás en la lancha, todas las que capturas pesan más de quince libras. Por eso, para halar la "madrina" del palangre, "hay que comer potaje del gordo", como dicen algunos.

Date cuenta que un palangre lleva más de 120 anzuelos. Algunos ponen hasta 180. El plangre de fondo consiste en un cáñamo —la "madrina"— que mide más de 500 brazas de largo. De ese cáñamo, cada tres y media brazas, cuelga un nylon con un anzuelo en el extremo. Calar el palangre te toma un rato y el auxiliar que va contigo en la lancha —siempre es un alumno— tiene que aprender pronto el oficio para no formar un enredillo cuando se está trabajando.

La "remontada"

En el mar los días se suceden sin mucha monotonía. Estás pendiente

de la pesca, del trabajo y del estado del tiempo. Un norte puede atravesarte un par de jornadas. Tenerte inactivo una semana, inclusive. Y como se dice en el mar: "la suerte de uno es la de todos". Como quiera que lo mires.

Cuando llevas treinta y dos o treinta y cuatro días navegando, comienzas a sentir un poco de impaciencia por regresar. Por las canastas que utilizas de medida te das cuenta más o menos de cuándo es la marea. Y llegado el límite de tiempo que puedes estar fuera te sientes satisfecho si has llenado más de 80 canastas.

Antes de la "remontada", como le dicen los pescadores al regreso, el patrón se comunica por radio con las embarcaciones cercanas. Puede que alguien tenga un hombre enfermo a bordo o necesite más hielo o una pieza que se ha roto para la planta de refrigerar. El que "remonta" sirve de puente entre los que se quedan y la Flota. Cualquier cosa puede resolverse.

Ya se han subido las lanchas y se han asegurado sobre cubierta. Los avíos se recogen. Se regresa. El patrón hace funcionar la radio. Del otro lado se reciben mensajes, recados, recordatorios. Y al final, siempre, escucharás el voto sincero de los demás compañeros que quedan pescando:

—Que tengan buena remontada y que encuentren a sus familiares como ustedes lo desean. Suerte para todos. Cambio.

Y entonces te das cuenta que vale la pena trabajar con hombres así, como los de la Flota.

Arriba: Frente a las costas de Yucatán, a unas 300 millas del Puerto de La Habana, pescadores cubanos trabajan sin descanso hasta la puesta del sol.

Abajo: Dicen los pescadores que cherna sí come cherna. Estos ejemplares se capturaron con filetes de pejes de su propia especie como carnada.



El temple del viejo Micoco



Sencillamente, casi todo el mundo le dice Micoco. Pero se llama Eugenio Valor, tiene 55 años de edad y es pescador de la Flota del Golfo.

Micoco ve más con el ojo que le queda que muchos con los dos.

Este viejo marino —que nada tiene de lobo— perdió el ojo derecho en un accidente, durante una travesía. Eso, y la colección de tatuajes que hay en sus brazos, contribuye a que uno lo mire con respeto. Y es que, a pesar de su defecto, Micoco tiene una visión profunda, humana y justa de las cosas que le rodean.

Nacido en Regla, Micoco se hizo a la mar desde los quince años. Ha navegado por unos cuantos mares. Ha sido marinero de cubierta, cargador, timonel y pescador. Ha naufragado dos veces. Se ha curtido por el mar y por la vida. Ha visto ahogarse a hombres que se ganaban el pan junto con él. Ha trabajado como una bestia. Nadie tiene mucho que contarle ya a Micoco.

Pero él sí tiene qué decir, en cambio.

—Ahora cualquiera es pescador, compañero, cualquiera... Con todo y lo duro que a usted le parezca este trabajo, una travesía de ahora es un viaje de turismo comparado con lo que hacíamos antes. El pescador de ahora —y Micoco recalca mucho eso ahora— no sabe lo que le ha dado la Revolución... Estos muchachos que se hacen pescadores están en la flor de la vida, de una vida que nunca conoció ningún pescador cubano de otros tiempos.

La voz aguda y entrecortada del viejo Valor sigue azotando al pasado.

—Por los años veinte, ser pescador era lo último. Nunca fue nadie tan explotado como nosotros. Pagaban seis centavos por libra cuando uno regresaba a puerto con el pescado. Y luego descontaban dos centavos para la manipulación, descontaban del combustible, el hielo y los víveres... Después de estar 35 ó 40 días por el Golfo, todo lo que uno sacaba era seis o siete pesos.

Cuando Micoco habla, los demás compañeros lo escuchan con atención. El cocinero, viejo marino como él, comenta en voz baja: "Es la Biblia lo que está diciendo".

—Nunca se me olvida una travesía que hice con el vivero "San José", en 1933. Después de estar más de veinte días a bordo, navegando y pescando sin parar desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, hicimos una marea de 33 000 libras. Después que el patrón ajustó los gastos con el dueño del barco, a mi me tocaron 140 centavos! compañero. Justamente 40 centavos...

Y el viejo Micoco meneaba la cabeza una vez más, recordando las angustias y la explotación de su vida anterior.

—El pescador de ahora no sabe lo que tiene, no lo sabe...